

viembre un decreto disponiendo que las cámaras cesaran en sus funciones, hasta el restablecimiento de la paz que se había alterado y dando facultades extraordinarias en todos los ramos de la administración pública al Presidente propietario, general Santa-Anna. Las guardias de Palacio recibieron orden de impedir á los diputados la entrada en aquel recinto, violado nuevamente por la fuerza de las armas. La desorganización de la República era completa desde 1841 viniendo á dar la última mano al desorden, la destrucción de la representación nacional.

Este suceso acabó de atraer contra Santa-Anna la oposición, y reunidos el 6 de Diciembre de ese año de triste memoria, en San Francisco, porción de generales y jefes del ejército, pusieron al frente de ellos al general D. José J. de Herrera, y adheriéndose la guarnición toda al movimiento insurreccional, fué preso en Palacio el Presidente interino D. Valentin Canalizo. Á las cuatro de la tarde del mismo día pasó el general Herrera al Palacio Nacional y una hora después estaba instalada allí mismo la representación nacional.

Otro escándalo presenció el Palacio en el año siguiente de 1845. Habiéndose reunido en el mes de Junio un reducido grupo de conspiradores, pertenecientes á la administración caída en Diciembre anterior, y dirigidos por el general Joaquín Rangel, se discutió en conciliábulo secreto lo relativo á aprehender al Presidente.

—“Daremos el golpe á las tres de la tarde, el día 7, dijo el jefe de los conspiradores.”

—“No faltaremos á la cita,” contestaron los otros.

En efecto, en el día y hora citados, estalló el motin; seducida la guardia de Palacio y una parte considerable del batallón de los Supremos Poderes, quedaron privados de libertad el Presidente Herrera y tres Ministros; Herrera se presentó ante los sublevados intimándoles que obedecieran sus órdenes, en los momentos en que una porción de ellos se batía con el batallón núm. 4, que en el cuartel inmediato á la Presidencia, el de la calle de Meleros, forzaba una puerta de comunicación; parte de los sublevados obedeció al Presidente, y así concluyó el motin.

El grito de los pronunciados había sido: “Federación y Santa-Anna.” El coronel López Uruga era el jefe del 4º batallón, que tan activamente sofocó aquel instantáneo motin.

Al fin del citado año, hubo otra revolución general, y á consecuencia de ella entregó el mando el Presidente D. José J. de Herrera al general Valencia y se vió el caso de que el primer jefe de la Nación saliera satisfecho, llevando del brazo á la señorita su hija y en la mano una jaula con pajaritos.

Vino en seguida aquella ignominiosa revolución en que, en presencia del invasor extranjero, se hacían pedazos los hermanos, bajo la denominación de polcos y puros.

Como consecuencia de tanto desorden y de tan descabelladas revoluciones, flotó la bandera norte-americana sobre el Palacio Nacional de México, el 14 de Setiembre de 1847. El general Scott ocupó las habitaciones del Presidente de la República.

Triste pero necesaria es la misión del cronista, cuando tropieza con acontecimientos que quisiera no encontrar. Pero los hechos no pueden desaparecer y es preciso admitirlos y narrarlos tales cuales fueron.

El 14 de Setiembre de 1847, á las cuatro de la madrugada, quedaron arreglados los términos en que el ejército norte-americano había de ocupar la capital de la República mexicana; las tropas invasoras empezaron á entrar á las seis de la mañana y se posesionaron del Palacio Nacional; cerca de las nueve el pueblo comenzó á hacerles fuego, lo que ocasionó grande alboroto; pero á los tres días quedó restablecido el orden. El general Santa-Anna se había retirado en la noche del 13 por el rumbo de la Villa de Guadalupe con las tropas que le quedaban.

Pocos días después ya estaba el comercio abierto, y aunque México presentaba un aspecto lúgubre y desconsolador, se notaba alguna concurrencia en las calles, sin que los mexicanos pudieran ocultar la tristeza de sus semblantes, ni la desconfianza que les hacía cerrar sus casas al ponerse el sol, quedando las calles desiertas, pues todas las mañanas se sabía de uno ó mas asesinatos cometidos la noche anterior, por el populacho en los norte-americanos ó al contrario; siendo también muy frecuentes los robos y asaltos, á los que por necesidad recorrían las calles por la noche.

Á ese estado violento venía á añadirse el terror de una epidemia, por la poca ó ninguna policía que el ejército invasor tenía en sus cuarteles y hospitales, y por los desórdenes que en las bebidas y alimentos cometían sus soldados, que se entregaban á excesos, ni siquiera sospechados por nuestras clases mas bajas.

El disgusto de la población subió de punto el día que fué mandado azotar en la Plaza Mayor frente al Palacio, un mexicano, á las tres de la tarde; la plebe, á la que pertenecía el castigado, se indignó y arrojó algunas piedras contra los invasores, pero reprimiendo éstos el desorden con severidad, no cundió.

Igual castigo se repitió por tres veces los lunes de las semanas siguientes, siendo de notar que los mismos que se indignaron la primera vez, concurrían después, solícitos, á presenciar la pública flagelación, cual si fuesen á presenciar una corrida de toros, pues la primera tarde que faltó el castigo no abandonaron su puesto los curiosos, hasta que la venida de la noche les hizo perder la esperanza de presenciar el espectáculo que ya extrañaban.

El sistema de alojamientos molestó mucho á los vecinos, pues no bastando á los invasores el Palacio y todos los edificios públicos, fueron ocupadas muchas casas particulares, y aunque al principio se efectuó el pago de los alquileres, dejó de hacerse cuando el general Scott declaró, que á expensas de México sería sostenido el ejército, faltando este jefe á la palabra que había dado á los vecinos, cuando les ofreció que ellos y sus bienes quedaban bajo la garantía del ejército y de la Nación.

á que pertenecía; fué de notar, que desde el 17 de Setiembre habia exigido ya al Ayuntamiento 150,000 pesos, como subsidio que le fué entregado, gravando los fondos municipales con un crecidísimo interes, á cuyo precio se adquirió esa cantidad.

En la capital continuaron el Gobernador del Distrito, el Ayuntamiento y los jueces de lo civil y criminal, habiendo además un gobernador civil y militar norte-americano que fué el general Quitman, reemplazado despues por el general Smith quien permaneció hasta la desocupacion de la capital á consecuencia de los tratados de paz. Se pretendió que hubiera elecciones para Ayuntamiento, pero se suspendió el acto por orden del gobierno mexicano que estaba en Querétaro. Con tal motivo hubo una reunion sin carácter legal y se nombró la nueva Asamblea municipal. El Ayuntamiento anterior fué disuelto por una protesta que hizo, con motivo de la ocupacion de las casas y entró la Asamblea municipal á ejercer sus funciones. Entónces apareció un periódico que predicaba ideas contrarias á la nacionalidad de México, y le fué ofrecido un banquete en el campo al general Scott, en presencia del cual hubo brándis bastante exagerados. El erario municipal, aunque empobrecido, gastó ochocientos pesos en esa fiesta.

Desde que el ejército invasor ocupó la capital y apenas flameó el pabellon de las estrellas en el Palacio Nacional, salieron á luz aquí dos periódicos, uno con el título de *Estrella Americana* y el otro con el de *El Norte-Americano*, el primero era semi-oficial y ambos redactados en un estilo disgustante para los mexicanos, por las exageraciones y enormes falsedades que contenian, no obstante que muchas veces insertaron documentos relativos á la guerra, de la mayor importancia.

Al firmarse el tratado de Guadalupe, el 2 de Febrero de 1848, quedaron libres los vecinos de la capital, de las contribuciones que habia decretado el general en jefe norte-americano; fué electo un nuevo Ayuntamiento, que reformó la renta del tabaco, correo y otras.

Durante la ocupacion de México por los invasores, presencié el Palacio un proceso notable, porque se versó entre personas distinguidas de ese ejército. Se habia suscitado una cuestion entre el general Scott y algunos de los jefes que le obedecian, desavenencia que comenzando en Puebla, se fué agravando posteriormente por hechos ocurridos hasta la toma de la capital. Esta circunstancia, unida á varios desaires que el gobierno de los Estados Unidos corrió al mismo general Scott, obligaron á éste á pedir su relevo, el que se le concedió previniéndole que entregase el mando al general Butler, y que se sometiera á un juicio de investigacion, lo mismo que los generales Worth y Pillow con quienes habian sido las desavenencias y que se constituyeron sus acusadores. Butler que habia venido á la capital con un refuerzo despues de la ocupacion, tomó el mando el 18 de Febrero, y en seguida se abrió el proceso por una Corte militar. Las sesiones eran públicas, en Palacio, en una sala de la Corte de Justicia, y los mexicanos presenciaron el inesperado hecho, de que un general que tenia á su mando un ejército victorioso que en su mayor parte le era personalmente adicto, fuera sometido á juicio en el mismo lugar

de sus triunfos, dando así testimonio de su respeto á las leyes, del cual tan léjos estaba nuestra sociedad.

Aprobados por el congreso mexicano, retirado en Querétaro, los tratados de Guadalupe tales como los ratificó el gobierno de los Estados Unidos, y conforme á lo convenido, las tropas norte-americanas desocuparon la capital dentro del mes siguiente á la ratificacion: la marcha de los invasores comenzó desde los primeros dias de Junio, saliendo la última brigada el dia 12, y en el siguiente entró el gobierno mexicano; entre salvas de artillería norte-americana y mexicana, fué enarbolado el pabellon nacional en la azotea del Palacio en que por nueve meses flameó la bandera de las estrellas.

Despues de firmado el tratado de Guadalupe, volvió el Palacio Nacional á ser ocupado por una série de Presidentes que se arrebataron el poder; á ese Palacio regresó el Sr. Herrera despues de aprobados por necesidad los convenios, por los cuales perdimos la mitad del territorio nacional; á ese Palacio entró á la media noche del 5 de Enero de 1853 el Lic. Juan B. Ceballos, Presidente de la Corte de Justicia, y en una conferencia que tuvo con el general Arista, único Presidente que habia recibido el Poder por ministerio de la ley, quedó convenido que se encargaria del Supremo Poder Ejecutivo; la puerta Presidencial se abrió á la una y medio de la madrugada del 6 y dió paso al coche del general Arista, quien escoltado por cincuenta dragones del 5º regimiento y por sus ayudantes, se dirigió á la hacienda de Nanacamilpa, propiedad del Presidente que abdicaba el mando que tanto habia ambicionado. Dióse á poco el escándalo de que el general Marin penetrara á la cámara de diputados, apoyado por una parté del batallon Mina y en medio del salon y con la espada desnuda, pronunciara estas palabras, dirigiéndose á los diputados:

—“Señores, pueden ustedes retirarse.”

Y dirigiéndose en seguida al Presidente de la cámara, añadió:

—“Sírvese vd. disponer que se disuelva esta reunion.”

Las protestas, el ruido y los murmullos siguieron á esa orden; pero no hubo remedio, estrecho paso encontraron los diputados entre la valla de sables y bayonetas, de donde les dirigieron mil insultos.

Aun tenia que presenciar el Palacio Nacional, escenas desagradables.

Allí vemos llegar al general Santa-Anna por sétima vez al poder, revestido con el título de Alteza Serenísima y con grande boato, teniendo además, para su distraccion y recreo otra mansion en Tacubaya; el Palacio vió los raros trajes de los caballeros de la Orden de Guadalupe y las fiestas hermanadas á los escándalos; presencié los suntuosos bailes, entre los que sobresalió el costeado por el conde de la Cortina; lacayos con libreas especiales pertenecientes á determinados personajes cru-

zaban los comodores y las antesalas; jefes militares con flamantes uniformes y relucientes cascos á la prusiana hacian vistosas las tertulias; reflejábanse torrentes de luz en magníficos espejos y hubo ocasiones en que los extensos corredores de Palacio estuvieran alfombrados y en las escaleras se improvisaran vistosos jardines, esparciendo su aroma mil flores colocadas en bellísimas macetas. Entónces se tributaron régios honores en el viejo alcázar de los vireyes, á Santa-Anna y su señora esposa.

Á las cuatro de la mañana del 9 de Agosto de 1855, resonaron las bóvedas de Palacio con el ruido que hacian los coches en que su Alteza, acompañado del oficial mayor del Ministerio de la Guerra, partia para el puerto de Veracruz, dejando á los Ministros facultados para el despacho de los negocios, despues de haber asegurado pocos dias ántes, en un manifiesto, que ni por mal pensamiento se le habia ocurrido abandonar el Poder.

Derribado el Dictador por el impulso moral de la revolucion de Ayutla, dejó el Palacio Nacional y fué desconocido en la capital el 13 de Agosto de 1855; quedó en el puesto el general Carrera, quien lo cedió por necesidad al general D. Juan Alvarez. En esta ocasion se vió por vez primera á las tropas de pintos ocupando el Palacio, venidas de las mas lejanas y ardientes tierras del Sur de México; el aspecto de aquellas tropas llamó notablemente la atencion de los habitantes de la capital.

Dificultades suscitadas por los enemigos del general Alvarez, lo impulsaron á abandonar un puesto que no habia ambicionado y del cual deseaba separarse para vivir de una manera conforme á su edad y á sus modestas costumbres; pero vacilaba por los trabajos de sus amigos que no se conformaban con que se separara del puesto, habiéndose presentado el caso de que en Palacio hubiera dos Presidentes y en consecuencia ninguno.

—“Estoy facultado para designar Presidente sustituto,” decia el general Alvarez á los que le rodeaban.

—“Está bien; pero si vd. deja el poder se trastornará el orden, y cuando se comienza á vislumbrar la paz no conviene dar nuevos motivos para que otra vez estalle la guerra civil.”

—“Pues yo creo lo contrario,” contestó Alvarez.

Y habiendo salido de Palacio fué á visitar á Comonfort, quien despues de una larga conferencia, tomó posesion de la Presidencia el 11 de Diciembre (1855), á las cuatro de la tarde, en el salon respectivo, concurriendo al acto las autoridades y funcionarios públicos.

Muchas ocasiones repercutió en esa época, sobre los muros de Palacio, el grito de religion y fueros, y despues de dos años de vencer á sus contrarios, vino al fin el general Comonfort á entregarse en manos de los que habia combatido con tanta tenacidad como aeierto. Quiso volver sobre sus pasos y á todo trance defender el Palacio con un puñado de valientes y leales que hasta el último instante le acompañaron; pero se vió obligado á variar de resolucion y á las siete de la mañana del

22 de Enero de 1858, cerca de la puerta principal, se despidió de los generales Rangel y Pardo, dióles un abrazo y acompañado de algunos ayudantes y de varios amigos íntimos, salió de la Plaza de Armas al mismo tiempo que á ella entraban las columnas enemigas y la invadia el pueblo.

Siguen los Presidentes Zuloaga y Miramon habitando el Palacio Nacional; mírase entónces el caso rarísimo de que un Presidente se lleve á otro dentro de un carruaje, á la manera con que en los caminos son trasportadas las fieras. Varias veces se vió adornado é iluminado el Palacio Nacional por los triunfos que obtenian los reaccionarios sobre las fuerzas liberales y en los salones de la Presidencia volvieron á reproducirse, en parte, las diversiones de la última época en que gobernó Santa-Anna.

En Palacio durmió Miramon al regresar de la batalla de Calpulalpan, en la que Gonzalez Ortega le arrancó el poder con que lo revistiera el error de Comonfort. El sueño del jóven general fué tranquilo y duró algunas horas, hasta el medio dia; al despertar hizo llamar á los Ministros, les anunció que estaba resuelto á dejar la capital y despues de discusiones y resistencias de sus consejeros, abandonó la capital el 24 de Diciembre de 1860, poco despues de la media noche.

Mucho habian visto las paredes del Palacio; pero aun les quedaba mucho mas que ver. El Presidente Benito Juarez firmó, á su regreso de Veracruz, el destierro de los señores obispos y los pasaportes de algunos ministros extranjeros; en el acuerdo con sus secretarios oficiales quedaron resueltos importantísimos asuntos sobre nacionalizacion de los bienes del clero; fué recibido con grandes ceremonias el ministro norte-americano Weller y se discutió la famosa ley de imprenta que lleva el nombre de Zarco. Dentro de los envejecidos muros de ese Palacio, se decidió la suspension de pagos á los acreedores del erario nacional, á la vez que exitaban fuertemente al público las noticias sobre la muerte de Ocampo, Degollado y Valle, y que se sabia que tres potencias europeas habian resuelto intervenir en México. Grande impresion causó á los que gobernaban el saber que ya los aliados habian desembarcado en Veracruz; dentro de los muros de Palacio sintiéronse las pulsaciones violentas de todos los grandes sucesos acaecidos en 1862 y el siguiente, hasta la salida del Sr. Juarez para el Interior de la República.

Ocupada la capital por el ejército francés, permaneció el general Forey algunos dias solamente en el Palacio Nacional, yendo en seguida á residir en una casa por el rumbo de San Cosme, y dejando que ocupara el edificio nacional la Regencia, que dió en Palacio bailes, comidas y otras muchas diversiones régias en consonancia con el sistema de gobierno impuesto por los franceses; resucitaron en Palacio las

bandas y cruces creadas por Iturbide, y se instaló una Asamblea de notables que declaró á Maximiliano de Austria, Emperador.

Maximiliano ocupó el Palacio el 12 de Junio de 1864; vestía uniforme militar, llevaba sombrero montado de general mexicano, y la banda é insignias de Gran Maestre de la Orden de Guadalupe; en Palacio recibió las felicitaciones y ese local fué iluminado y adornado en los tres días que duraron las fiestas; viéronse nuevamente los bailes y las comidas oficiales de grande aparato. El Palacio sufrió en esa época una completa trasformacion, principalmente en el frente, procurando el arquitecto dar alguna simetría á las muchas puertas, ventanas y balcones que lo forman; las habitaciones interiores tambien tuvieron notables mejoras. Entónces salieron de allí órdenes tan terribles como la de 3 de Octubre. En esa época el Palacio vió alejarse de su recinto la mayor parte de las oficinas que fueron trasladadas á otros edificios, quedando allí solamente el Ministerio de Relaciones, el correo, Museo de Historia Natural, telégrafo, Archivo General y un cuartel; tambien se comenzó á construir allí un teatro.

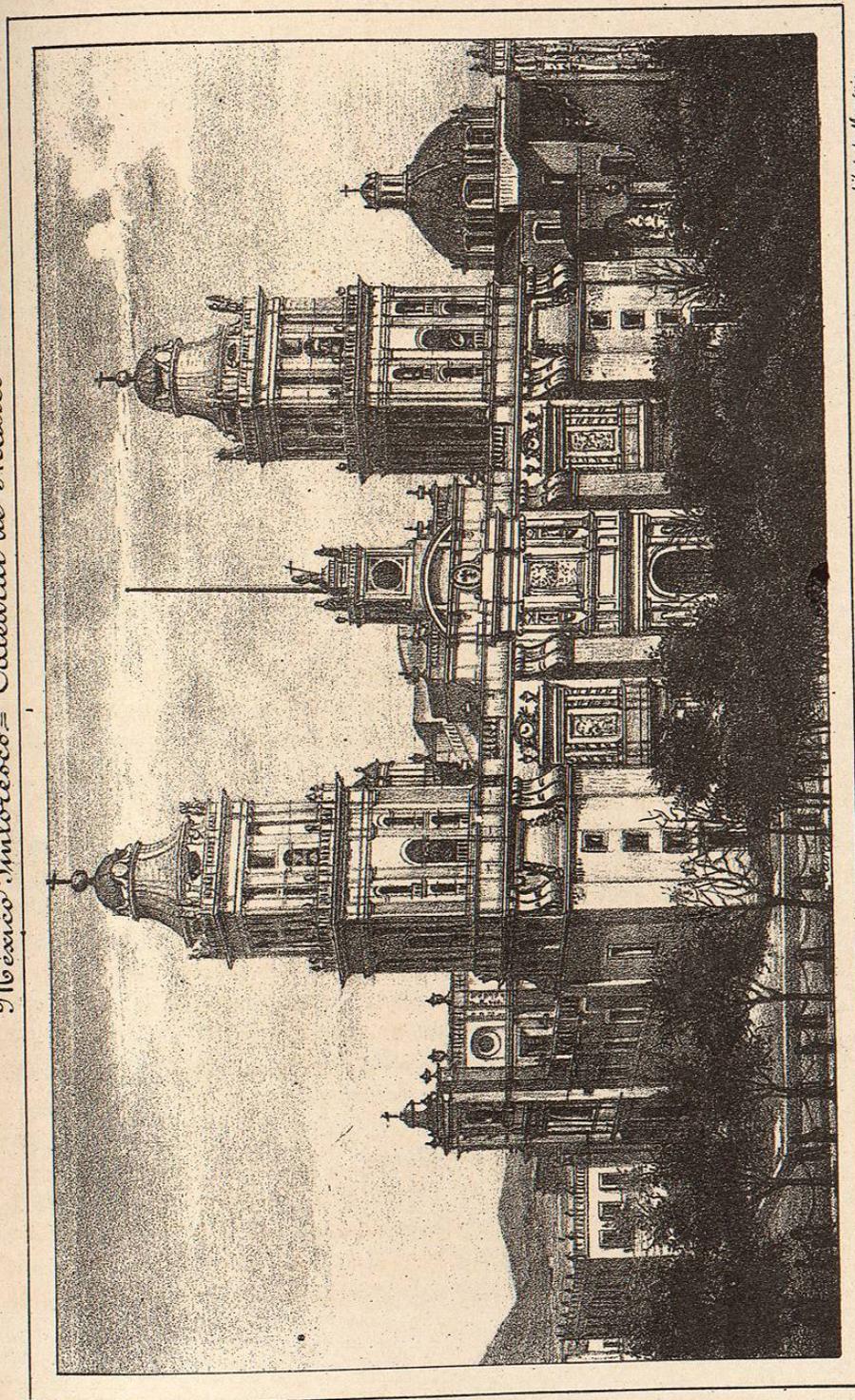
Á la caída de Maximiliano regresó á Palacio el Presidente de la República, Benito Juárez, quien vivió en la casa que en el mismo Palacio está junto al Correo y que desde entónces es la habitacion de los Presidentes. Al morir el Sr. Juárez, fué expuesto su cadáver en el salon de Embajadores, concurriendo inmensa multitud á ver por la última vez á uno de nuestros hombres notables.

En las administraciones de los Sres. Lerdo y Diaz ninguna mejora de consideracion ha obtenido el Palacio, limitándose las reformas á los salones de los Ministerios de Guerra y Hacienda.

He concluido la visita del Palacio Nacional, dejando al lápiz importante intervencion en mi trabajo. Hoy se habla de un vasto proyecto para trasformar el frente del edificio; tal vez no se verifique pronto esta trasformacion, pero es sabido que las mejoras, una vez propuestas, tardan mas ó ménos en realizarse, mas nunca se sepultan en el olvido.

Si alguna vez, por la obra del tiempo viene á tierra el Palacio Nacional, y sujeto á las leyes de la trasformacion cambia, la memoria de su actual aspecto físico y de los hechos notables acaecidos en su recinto, quedará viva en este libro.

México Pintoresco = Catedral de México



Litog. de Murguía.

1881.
Exterior de la Catedral Metropolitana de México.